

sideraciones y de respetos. A pesar de todo, no es nada agradable que, amenazando á nuestro Continente tan graves peligros, asome un nuevo conflicto por causa de la cuestion de los Estrechos, cuestion que no es otra cosa, en realidad, que la antigua, insoluble y amenazadora del Oriente.—E. M.

Madrid 29 de noviembre de 1892.

LA JUVENTUD CONSERVADORA.

Estas dos palabras «juventud» y «conservadora» parece que rabian de verse juntas. Porque quien dice juventud dice vagas aspiraciones é impetuosos arranques por algo nuevo, noble, generoso, irrealizable quizá en la mísera relatividad de los hechos, pero que tiende á un absoluto hermoso y deseable que, si no es, debería ser, y cuya sola idea resulta siempre fuente de elevacion y de progreso humano: quien dice juventud dice ¡*Excelsior!* Y quien dice conservador dice cansancio de entusiasmos, dice decepciones, frío análisis de los hechos, misoneísmo, vejez, *terre á terre*. Por esto «juventud conservadora» suena así, como primavera otoñal ó alborada nocturna.

Pero no es mas que el sonar, y el conflicto no es sino de palabras. Conservador, en el sentido lato que hablando de política se suele dar á este calificativo, un jóven hoy por hoy no puede serlo sino á condicion de sentirse revolucionario hecho y derecho; y conste que no decimos esto por una aficion á la paradoja.

Porque si en aquel amplio sentido podemos decir que conservador vale tanto como defensor acérrimo hasta la exageracion del principio de autoridad en todas sus manifestaciones, desde el jefe del Estado hasta el padre de familia y el capataz, no sabemos qué otra mision pueda tener la actual juventud conservadora si no es la de derribar principios é instituciones que un dia pasaron por liberales y por nuevos y progresivos y que hoy están desacreditándose por obstructores, pudriéndose de inmóviles y cayéndose de viejos. Y aunque no han de resistir al primer embate que reciban, cosa de jóvenes es el derribarlos y cubrirse de polvo de sus ruinas y limpiar el campo de ellas: cosa de jóvenes es el ser revolucionarios.

Lo que no es cosa de jóvenes es el oportunismo que modernamente ha venido á ser repugnante sinónimo de doctrina conservadora y que impera en las masas conservadoras y hasta en los que no son masas ó no deberían serlo, porque esta palabra oportunismo ó nada significa, pues la oportunidad es siempre una cualidad inherente á toda buena medida de gobierno, ó si tiene alguna significacion (y desgraciadamente la tiene) quiere decir transaccion con todo lo que se presente; y transigir es cosa de los débiles ó de los que quieren medrar, no de la juventud altiva y generosa.

Hoy por hoy los papeles están trocados: los liberales, en su amor senil é interesado á instituciones trasnochadas, quieren conservar sus parlamentarismos ó sus charlatanismos, sus soberanías nacionales y sus libertades de pensar y de decir y de hacer lo que á cada uno le dé la gana: los radicales quieren conservar sus sistemas de adulacion y corrupcion de las masas doctas é indoctas, igualándolas, haciéndolas intervenir directamente en todo, legislacion, justicia, administracion, economía y hasta en estética; y los socialistas quieren conservar lo de unos y otros para llegar con toda naturalidad y sin esfuerzo ni revolucion de ninguna clase al logro de sus antiquísimos ideales.

no parece sino que liberales, radicales y socialistas dejan ya de contar, como si se tratara de cantidad despreciable, con la juventud que estudia y piensa; creen esos señores que en habiendo llegado al sufragio universal y al advenimiento del cuarto estado, ya estamos al cabo de la calle, y el mundo se para y entonces todos en coro un «hosanna» definitivo.

Entiendan esos señores que hay un mas allá: en el gran libro de la humanidad no es capaz de poner punto final ni el cuarto estado ni nadie: despues de un capítulo viene otro, y precisamente cuando todo parece concluido es cuando todo vuelve á empezar de nuevo.

Y ahora todo parecia concluido porque nuestra juventud ha dejado un gran claro en el capítulo de la política: los últimos jóvenes políticos se han hecho vie-

jos y nadie nos ha dicho esta boca es mía: los muchachos se han hecho ingenieros, médicos, artistas, abogados, comerciantes ó gomosos y se ha dejado rodar el mundo. Y, no nos hagamos ilusiones, se dejará rodar hasta que la última espresion de lo ex-moderno les haga levantar los ojos de sus máquinas ó de sus cuadros ó de sus enfermos ó de las charoladas puntas de sus botas. Entónces tal vez estalle lo que muchos de ellos sienten ya fermentar dentro de sí.

En una conferencia que un redactor del *Figaro* tuvo últimamente con M. Guesde, al hablar éste del futuro Estado socialista como si ya lo tocara con la mano (y tal vez no iba del todo descaminado), y al espleiar cómo por de pronto todas las grandes Compañías por acciones pasarían al dominio y administracion del Estado sin indemnizacion alguna á los accionistas, pues no la merecen, preguntóle aquel redactor qué cosa pensaba hacer entónces el gobierno obrero con las grandes masas de accionistas desheredados, y sobre todo con los hijos de éstos, jóvenes en su mayor parte instruidos, con carrera, y de cierta educacion y refinamiento intelectual y material; y el bueno de M. Guesde, aunque un poco perplejo con la pregunta, contestó que, si eran *bons minions*, el Estado obrero les emplearía en las oficinas de las mismas empresas espropiadas.

Esta contestacion nos hizo pensar en una anécdota que cuenta un aristócrata francés, el conde Miot de Melito, en sus Memorias del tiempo de la Revolucion.

Parece que la Convencion nombró ministro de Negocios extranjeros de Francia á un infeliz maestro de escuela de un rincon de provincia, cuyos únicos méritos eran el ser terrorista fanático y cruel, y además agitador de oficio. Convinó á los convencionales utilizar en París aquellas preciosas cualidades y llamaron á la capital á Buchot (que así se apellidaba el maestro de escuela); una vez allí, para colocarle de alguna manera, y atareada como andaba aquella gente en cortarse la cabeza unos á otros y á los demás, lo metieron en el primer hueco que hallaron á mano y le hicieron ministro de Estado. Parece tambien que los alcanes del maestro de escuela estaban muy por debajo de la elevada mision que le habia sido confiada; así es que el tiempo que no pasaba en predicar en los clubs ó en espiar y delatar, lo invertía aquel escelente ciudadano en hacer carambolas en un cafetin, donde su secretario, que se halló ser el antedicho conde Miot, le llevaba á la firma el despacho del dia, que el ministro dejaba completamente en sus manos y firmaba sin siquiera probar de enterarse.

Cayó aquella situacion, cayeron los ministros, y se confió á los secretarios el continuar al frente de los respectivos ministerios como encargados de negocios. Entónces el ex-ministro Buchot, siempre en su cafetin, dijo al conde que no le afectaba en lo mas mínimo la caida, que solo le preocupaba el quedar sin casa ni hogar y que, al efecto, le suplicaba le diera algun empleo subalterno en el ministerio, que le permitiera dormir allí á cubierto. El conde le hizo observar lo penosa que podia resultar tal situacion para un ex-ministro: Buchot, maravillado de tales escrúpulos y delicadezas, insistió, y el otro no tuvo mas remedio que ofrecerle una plaza de mozo de oficina (*garçon de bureau*) que era lo único para que servia hasta cierto punto aquel desdichado. Con ello quedó restablecido el equilibrio natural entre aquellos dos hombres.

Pues bien, á la juventud moderna incumbe el volver por los fueros de la mecánica, haciendo entender á esos señores románticos rezagados de la política, que sus abstracciones y sus quijotismos ya resultan un poco pasados de moda, un poco *fanés*: hay que darles en las narices con la materialidad del hecho humano y social, para que, si no se convencen, sientan que la organizacion de toda sociedad es pura y simplemente una cuestion de equilibrio.—*J. Maragall.*

CORRESPONDENCIAS PARTICULARES DEL DIARIO DE BARCELONA

Madrid 1.º de diciembre.

El tono en que viene la prensa de oposicion al apreciar los hechos que han motivado la modificacion ministerial no podia por menos de producir sus frutos. Y los ha producido, aunque no en la medida que muchos parecian apetecer. Hemos amanecido bajo la impresion de que iba á ver alguna algarada popular y la ha habido aunque de escasa significacion. El comercio ha cerrado sus tiendas, en